

fuga; quería, sí, abrirse camino; mas yendo en línea recta y descargando golpes vigorosos: por tanto, después de vacilar algunos días, el catorce, al despuntar el alba, las columnas austriacas pasaron el Bormida por tres puentes, y desplegándose á un lado y otro, se arrojaron sobre las divisiones de Victor y Lannes, que ocupaban á Marengo. Los austriacos eran dos veces superiores en número á sus enemigos, quienes, sin embargo, se mantuvieron firmes durante seis horas, defendiéndose con gran bizarría; pero, al fin, amenazados por los flancos y escaseándose las municiones, comenzaron á batirse en retirada, que se verificaba en buen orden, aunque á costa de pérdidas considerables, cuando, á eso de las tres, llegaron en su auxilio la división Monnier y el mismo general en jefe con su guardia, que habían venido á marchas forzadas. No imaginándose Bonaparte al principio que revistiese tanta importancia el primer ataque de los austriacos, no quiso mover su reserva sin recibir algún aviso de Dessaix; mas habiendo éste participado que no se veía ninguna tropa por la parte de Novi, hizo avanzar á Monnier, siguiéndole de cerca, y mandó decir á Dessaix que se le incorporara lo antes posible. La intervención de Monnier reanimó el combate. Bonaparte le ordenó que ocupase la aldea de Castel Ceriolo, situada en la extremidad del flanco derecho de los austriacos, cuyo avance debía contener por este lado; mas no bien se posesionaron los franceses de dicho punto, arremetió contra ellos el general Ott con fuerzas abrumadoras, obligándoles á desalojar la aldea en completa derrota; simultáneamente, arremetía el ataque de los austriacos al centro enemigo, y el batallón de la guardia tuvo también que retroceder, después de haber resistido largo tiempo con admirable firmeza el fuego de los cañones y las cargas de la caballería de sus contrarios: por segunda vez, se declaró en retirada la línea entera de los franceses, avanzando la austriaca casi sin resistencia en toda la extensión de la suya. Melas, herido ligeramente, rendido de cansancio y cierto de la victoria, encomendó la persecución del enemigo á su jefe de Estado Mayor, el general Zach, regresando en busca de cuidados y reposo á Alejandría, desde donde envió correos en todas direcciones anunciando la derrota de Bonaparte. Le aguardaba un doloroso desengaño. Sus soldados, no menos confiados que él, abandonaron el orden de batalla, poniéndose en marcha por columnas: muchos de ellos, saliéndose de las filas, se entretenían en despojar á los cadáveres, de que el suelo estaba sembrado. El primer Cónsul, sin embargo, se disponía á precipitarse en persona sobre los austriacos, con la resolución desesperada de arrastrar á sus tropas al triunfo ó morir en el empeño, cuando se le acercó á todo correr de su caballo un oficial, comunicándole la llegada de Dessaix. Conjuró Bonaparte á sus generales para que, reuniendo todas sus fuerzas, contuviesen la retirada, y adelantóse hasta San Giuliano, al encuentro de su libertador. Deliberaron ambos brevemente, y Dessaix, aunque estimando la situación muy comprometida, emitió la opinión de que tal vez un vivo cañoneo le permitiría atacar con probabilidades de éxito. Inmediatamente, Marmont enfi-

ló á los austriacos doce cañones, únicos que aquéllos no habían desmontado, y sus anchas bocas vomitaron torrentes de metralla contra la principal columna enemiga, que avanzaba por la llanura, al mando del mismo general Zach. Los destacamentos de Murat, Lannes y Victor habían quedado reducidos á nueve mil hombres en el curso de la jornada, de manera que sólo se disponía de diez y nueve mil infantes y mil doscientos caballos; pero la presencia de Dessaix había infundido en los pechos nuevos alientos y esperanzas, y todos, así los que venían peleando desde por la mañana como los que acababan de llegar de refresco, se lanzaron al combate, llenos de ardor. Sorprendidos los austriacos del inesperado ataque, se detuvieron; una de sus primeras balas hirió en medio del pecho al general Dessaix, que cayó muerto sin proferir una palabra, aunque Bonaparte supusiera, en el parte oficial de la batalla, que había dicho entre las congojas de la agonía: «Id y manifestad al primer Cónsul que muero con la pena de no haber hecho bastante para la posteridad». Viendo caer al heroico general, al *sultán justo*, como los árabes le llamaban, se excitó hasta el paroxismo el furor de los franceses, que atacaron á la bayoneta á los granaderos del general Lantermann, siguiéndose una lucha encarnizada. El general Kellermann tuvo una feliz inspiración; pues, apreciando de una ojeada la importancia del momento, acometió impetuosamente de flanco, con tres escuadrones de caballería, á los granaderos enemigos. Entonces cambió la escena: los austriacos, tan confiados y orgullosos hasta aquel instante, sobrecogidos súbitamente de terror pánico, depusieron las armas, rindiéndose en gran número; otros huyeron á la desbandada, sin mirar atrás, comunicando su espanto al resto del ejército: al anochecer su derrota era total, y las desordenadas huestes de Melas repasaban el Bormida, buscando la protección de las murallas de Alejandría. Dejaron nueve mil hombres en el campo de batalla, entre muertos, heridos y prisioneros; á los franceses les costó su victoria no menos de siete mil bajas.

Tal fué la memorable jornada de Marengo; su resultado estuvo pendiente de un cabello. Si primero el general Monnier y después Dessaix se hubiesen retrasado media hora en su marcha, el triunfo de los imperiales habría sido inevitable; y aun habiendo llegado uno y otro oportunamente, no sabemos qué hubiese sucedido sin la carga de caballería dada tan á tiempo por Kellermann. Melas también pudo hacer venir de las fortalezas del Piamonte diez mil soldados, y con este refuerzo hubiera arrollado seguramente las fuerzas mucho menores de su adversario. Las peripecias de la acción fueron tantas y tan grande la confusión de los acontecimientos, que Bonaparte, no obstante sus buenas trazas para presentar los hechos en los boletines como los datos de un problema y el resultado definitivo á modo de única solución posible, no acertó á escribir en este caso más que un relato informe é incongruente. En el curso de su reinado dió tres versiones distintas de Marengo, y en ellas se contradice y desmiente á sí mismo á cada paso. El plan general de la campaña fué admirable; pero el primer Cónsul carecía de elementos suficientes para no

exponerse á sufrir serios contratiempos al realizarlo; tenía, pues, cierto carácter aleatorio, capaz de inspirar recelos y desconfianza á cualquier general menos entregado á sus miras de personal engrandecimiento. En lo tocante á la batalla, aisladamente considerada, el propio Bonaparte no se recató de confesar posteriormente que, en ella, «todas las probabilidades del triunfo militaban á favor de los austriacos». Desde Marengo, dice Lanfrey, el aventurero empieza á hacer sombra al jefe de Estado». Y, sin embargo, esa victoria, debida á una serie de circunstancias casi fortuitas, influyó de manera decisiva en la fortuna del futuro emperador; ninguno, quizás, de sus brillantísimos hechos de armas le valió tanta gloria ni reportóle mayores ventajas. ¡Extrañas burlas de la suerte!

Melas, enteramente desalentado, envió al día siguiente un parlamentario al cuartel general francés, firmándose en Alejandría, después de algunas conferencias, una convención en cuya virtud los austriacos debían retirarse al otro lado del Mincio, entregando al vencedor el país situado al Oeste de dicho río, las plazas fuertes inclusive: no se les reservaba más que la Toscana y Ancona. En una sola jornada, había arrebatado Bonaparte á sus contrarios todas las conquistas de Suworoff. El general austriaco Saint Julien fué el encargado de llevar al emperador Francisco I la convención, acompañada de una carta del primer Cónsul, en la que su autor, invocando con frase vehemente los sentimientos de humanidad, le instaba á ajustar paces. Buscaba Bonaparte provocar de este modo la desunión de Austria é Inglaterra, cuya alianza constituía el principal estorbo de sus proyectos, y en tanto recibía contestación á su misiva, hizo cumplir en todas sus partes la convención acordada, posesionándose del Piamonte y la mayor parte de la Lombardia, con las plazas fuertes de Génova, Coni, Urbino, Tortona, la citada Alejandría, Milán y otras. Trasladóse después á Milán, donde le esperaban las ruidosas aclamaciones de la multitud, y asistió en la catedral á un *Te Deum*, ocupando, según escribió á París, «la tribuna destinada en los antiguos tiempos á los primeros magistrados y á los emperadores de Occidente»: palabras que revelaban por primera vez, con franqueza hasta entonces disimulada, cuán alto ponía el blanco de su gigantesca ambición. Después confió á Massena el mando del ejército de reserva y del de Italia, reunidos en uno solo: mandó demoler los fuertes y ciudades que cerraban las comunicaciones entre Francia y la Península; dictó rápidamente numerosas órdenes para arreglar la administración de la República Cisalpina, quedando ésta sometida de hecho á su voluntad soberana, aunque se reconociera nominalmente su independencia, y encomendó á Brune el gobierno del Piamonte. Los libertadores trataron á Italia como provincia conquistada; pusieron á tributo la Cisalpina y el Piamonte, y confiscaron los bienes de los conventos. Era el mismo sistema de despojo que anteriormente se siguiera, practicado con tanto rigor que, habiendo recibido Moreau la orden de practicarlo en Alemania, se le tachó de débil por no haber exigido más que cuarenta millones en metálico, además del mantenimiento de sus tropas, de muchos millares

de caballos requisados y de vestuario nuevo para todo su ejército. Los agentes, comisarios y oficiales multiplicaban por su cuenta las exacciones, hasta el punto que los naturales se quejaron amargamente al primer Cónsul y que, dos meses después, Massena, siempre codicioso, tenía que resignar el mando en el general Brune. Durante su breve estancia en Milán (no se detuvo en esta población sino diez días), dió los primeros pasos para reconciliar á Francia con la Iglesia. Ya hemos dicho que asistió al *Te Deum*, cantado en la catedral en acción de gracias por las victorias de su ejército, habiendo también declarado, en un discurso solemne dirigido al clero, que, á su juicio, la religión católica romana era la única capaz de asentar sobre bases firmes el poder de un gran Estado. Acababa de ser elegido Pontífice en Venecia, bajo el nombre de Pío VII, el cardenal Chiaramonti, conocido por su carácter conciliador y pacífico, y Bonaparte trató de ganarlo á su causa con seductoras promesas, proponiéndole la negociación de un concordato. Atendidas así las necesidades más urgentes, regresó á Francia, donde fué naturalmente objeto de no interrumpidas ovaciones. Nada tenía ya que temer, importándole poco que murmurasen los incrédulos por su aproximación á Roma y los republicanos por la resurrección de los hábitos de la monarquía. Su poder era incontrastable; su autoridad, ilimitada. La gloria nacional brillaba como nunca, y el pueblo, ansioso de paz, se prometía gozar pronto de sus beneficios, gracias á los triunfos alcanzados.

Mientras sus compatriotas remontaban los Alpes, hubo de condenarse á Moreau á forzada inacción, que no aprovecharon los imperiales; porque Kray, buen soldado, pecaba de irresoluto como capitán, y con sus vacilaciones, sus órdenes y contraórdenes y la facilidad con que se le hacía mudar de opinión, ni lograba inspirar confianza á los soldados, ni sabía mantener en el respeto y la disciplina á los oficiales, soportando resignadamente el no encubierto desprecio de los comandantes de los cuerpos, entre los cuales descollaba por su terquedad, grosería y espíritu de insubordinación el general Sztarray. Cuando Moreau supo que Bonaparte estaba en Italia, reanudó sus operaciones, amenazando cortar la comunicación de Kray con los Estados hereditarios, para obligarle á salir del campo de Ulma; se dirigió, pues, al Norte, empezando á atravesar el Danubio por Bleuheim. Asustóse Kray del audaz movimiento de su adversario, y envió sucesivamente varios batallones á disputarle el paso, librándose con este motivo una serie de pequeños combates, en que los franceses llevaron siempre ó casi siempre la ventaja. Mayor fué aún la desgracia del general austriaco cuando, en vista del peligro que amagaba á las provincias hereditarias, se determinó á dejar las trincheras de Ulma, corriendo á oponerse á Moreau con la mayor parte de sus fuerzas. Encontráronse los dos ejércitos el diez y nueve de Junio en la llanura de Hæchstæt, célebre precisamente á causa de la gran victoria obtenida sobre Tallard por Eugenio Marlboroug; pero las circunstancias eran otras, y así, no obstante el arrojo que los imperiales demostraron, tuvieron que abandonar el campo de batalla en

precipitada fuga, dejando en poder de los franceses cinco mil prisioneros, veinte cañones, doscientos caballos y abundantísimo botín. Kray se dirigió á Neuburgo por Nerheseim y Nærdlingen, consiguiendo restablecer su comunicación con los Estados hereditarios. Moreau no le persiguió, satisfecho con haberle rechazado en dirección de Bohemia. Los ejércitos beligerantes repasaron el Danubio, y habiendo ocupado el francés á la capital de Baviera, obligó al austriaco á retirarse á la línea del Inn. Comenzaba á cundir la inquietud en la corte del Emperador, cuando recibieron allí la infausta nueva del desastre de Marengo y de la convención de Alejandria. En su vista, el Consejo áulico ordenó á Kray que suspendiera las hostilidades y negociase un armisticio, el cual, en efecto, firmóse en Parsdort el nueve de Julio, por tiempo indefinido, estipulándose que las plazas de Ingolstadt, Ulma y Filipburgo seguirían bloqueadas, pero consintiéndoles reponerse de víveres mientras aquél durase.

Bonaparte, en tanto venía la contestación de Austria á sus proposiciones de paz, continuaba sin descanso sus armamentos, formando otro ejército de reserva en Dijón, que en caso necesario, marcharía á Italia por el Splugen; puso, además, á las órdenes de Augereau ocho mil holandeses y otros tantos franceses, que envió á Maguncia, para sostener á Moreau. Por el lado de la diplomacia, sus trabajos fueron más importantes todavía. Requirió á Prusia en términos corteses, pero firmes, para que reconociera abiertamente la legitimidad de las pretensiones de Francia á la orilla izquierda del Rhin y se expresara sin ambigüedades acerca de sus propios deseos. Al mismo tiempo, no queriendo supeditar el estado de sus relaciones con Rusia á la voluntad de la corte de Berlín, discurrió la manera de anular directamente amistades con el emperador Pablo. Pretendiendo, pues, la estima que le merecían la persona del Czar y el valor de sus soldados, devolvió la libertad á los prisioneros rusos de Zurich y Castricum, vistiéndolos y equipándolos á su propia costa, y no contento con esto, halagó la vanidad de Pablo I ofreciendo entregarle, como á Gran Maestre que era de la Orden Teutónica, la isla de Malta, á la sazón estrechamente bloqueada por la escuadra de Nelson, si su guarnición tenía que evacuarla obligada por el hambre, aunque sabía que contaba con víveres para muchos meses. Bonaparte no se equivocó al calcular el efecto que su hábil conducta había de producir en el ánimo del caballeroso Emperador. Éste, cuya reciente ojeriza á Austria conocemos, no dejó de experimentar cierta satisfacción al enterarse de la victoria de Marengo, y como, por otra parte, eran innegables los servicios prestados por el primer Cónsul á la causa del orden y la autoridad, Pablo I no le regateó su admiración, llegando á imaginarse que podía ser el verdadero amigo de Rusia. Por tanto, acogió con franca cordialidad las solícitas demostraciones de Bonaparte, decidiendo que fuese á París uno de sus generales á entregarse de los prisioneros rusos, para conducirlos á la isla de Malta. En caso de oponerse la Gran Bretaña, Rusia le de-

clararía la guerra para combatir la tiránica dominación que se arrogaba sobre los mares.

En estos momentos, que bajo tan favorables auspicios contemplaba Bonaparte el porvenir, se presentó en la capital de la República, trayendo la esperada contestación de Viena, el general conde de Saint-Julien. El Emperador, en carta autógrafa ahora, protestaba de su ferviente amor á la paz, diciendo que si Austria peleaba era por haber sido atacada dos veces sin motivo alguno por los franceses, y agregando que se hallaba dispuesto á no perdonar medio de poner término á la efusión de sangre, que le horrorizaba. Creía, sin embargo, indispensable no proceder á negociaciones públicas y ruidosas, y así lo haría observar de parte suya el conde de Saint-Julien, con arreglo á las instrucciones que llevaba, mientras no se conocieran por lo menos las bases de arreglo que Francia quería proponer, á fin de evitar que los pueblos no se alegraran con esperanzas acaso prematuras. A su entender, los fundamentos de la paz debían ser claros, concretos y propios para tranquilizar á Europa; estar inspirados en la comunidad de ideas y en la confianza, y tender al restablecimiento del equilibrio. No estimaba conveniente volver sobre el tratado de Campo-Formio, cuyas cláusulas, unas del todo y otras en parte, no había posibilidad de cumplir, adoleciendo de tal confusión que, á no dudarlo, ocasionarían nuevos trastornos. Finalmente, reiteraba sus deseos de llegar á una paz general y duradera, como base firme de seguridad en lo sucesivo. El mismo día que supo el gobierno austriaco la derrota de Marengo, ultimaba con el de Londres un tratado formal de alianza, convenido en principio desde mucho antes, en cuya virtud la Gran Bretaña contraía el deber de entregar á Austria, bajo forma de préstamo, un subsidio de dos millones quinientas mil libras esterlinas, obligándose Austria por su parte, á no concertar paces con Francia separadamente, sin el asentimiento de Inglaterra, hasta fines de Febrero de mil ochocientos uno. Esta circunstancia da la clave de las reservas que contenía la carta del emperador Francisco. En una palabra, no se atrevieron en Viena, en la crítica situación presente, á rechazar de plano las proposiciones de Bonaparte; pero trataron de ganar tiempo.

El conde de Saint-Julien no estaba autorizado, como ha podido verse, para entablar negociaciones, ni mucho menos para firmar nada; su misión debía reducirse á entregar la carta de que era portador, hacer algunas observaciones y oír lo que el primer Cónsul le dijera, para comunicárselo á su gobierno. Mas, aprovechándose de la inexperiencia é ignorancia del novel diplomático, lanzado de pronto á una carrera que no era la suya, Talleyrand convencióle de que la carta del Emperador le acreditaba y calificaba suficientemente para todo lo que se encaminase al restablecimiento de la paz, de manera que, en seis sesiones, celebradas desde el veinte hasta el veintiocho de Julio, redactó con el ministro francés un tratado preliminar, en el que, contraviniendo terminantemente la explícita voluntad del Emperador, se adoptaba como base el de Campo Formio, se cedía á Francia toda la orilla izquierda del Rhin, á tenor de las estipulaciones de Rastadt, comprometíase